

viesen á los caballeros moros convertidos en conserjes del Santo Sepulcro, y á los caballeros cristianos en religiosos mendicantes?

Cuando el judío Benjamin de Tudela hizo un viaje á Jerusalem, que fué reinando en ella los reyes franceses, tenia tres órdenes de murallas, y cuatro puertas que Benjamin llama *porta Somnus Abrahæ*, *porta David*, *porta Sion*, *porta Jehosaphat*; pero las tres murallas no convienen con lo que sabemos del estado en que se hallaba esta ciudad cuando la tomó Saladino. Benjamin halló muchos judíos vecindados en el barrio de la torre de David, y que por cierto tributo ó pecho que pagaban todos los años al rey, gozaban del privilegio exclusivo de teñir los paños y lanas.

Los lectores que quieran comparar la Jerusalem moderna con la antigua, pueden leer la *Disertacion* de d'Anville sobre *la antigua Jerusalem*, á Relando y al padre Lami, *De sancta Civitate et templo*.

Volvimos al convento á las nueve, y luego que hube almorzado, fuí á visitar al patriarca griego y al patriarca armenio, que me habian enviado á cumplimentar por medio de sus dragomanes.

El convento griego está contiguo á la iglesia del Santo Sepulcro. Desde la azotea de este convento se descubre un espacioso paria, donde ví dos ó tres olivos, una palmera y algunos cipreses: en aquel mismo sitio estuvo la casa de los caballeros de San Juan de Jerusalem. El patriarca griego me pareció un hombre muy bueno, y en aquel instante se hallaba molestado con las vejaciones del bajá, como el guardian de San Salvador. Hablamos de Grecia, y habiéndole preguntado si tenia algunos manuscritos, me enseñó varios rituales y tratados de los Santos Padres. To-

mamos café, me regaló tres ó cuatro rosarios, y con esto me despedí para visitar al patriarca armenio.

Llamábase éste *Arsenio*: era natural de la ciudad de Cesarea, en Capadocia, metropolitano de Seythopoli, y procurador patriarcal de Jerusalem: él mismo me escribió su nombre y dictados en caracteres siriacos en un papelito que conservo todavía. Me pareció que no se hallaba en aquel estado de miseria y de opresión que advertí en los griegos, los cuales en todas partes son esclavos. El convento armenio es agradable, y la iglesia hermosa y sumamente aseada. El patriarca me pareció como un turco opulento, cubierto de ropas de seda, y sentado en almohadones. Me dió á beber excelente café de Moka, y me sirvieron además dulces secos y agua fresca. En tanto que maron madera de alóes, y me perfumaron tanto con agua de rosa, que llegó á incomodarme. Arsenio me habló de los turcos con alto desprecio, y me aseguró que toda el Asia estaba dispuesta á las mayores sublevaciones con poco que se la animase. Apenas puede creerse la fermentacion de espíritu que hay en el Oriente.¹ Yo mismo ví á Alí-Agá aporrear en Jericó á un árabe porque se burlaba de él, y decirle que si el emperador hubiese querido tomar á Jerusalem, hubiera entrado en ella con la misma facilidad que entra un camello en un campo de mijo. Los pueblos del Oriente están mucho mas acostumbrados á las ideas de invasion y de conquista que nosotros. Han visto pasar á todos los hombres que han cambiado la faz del universo, como Sesostris, Ciro, Alejandro, Mahoma, y el último conquistador de Europa. Avezados á seguir la suer-

¹ Mr. Seetzen, que estuvo algunos meses antes que yo en Jerusalem, y mas tarde en Arabia, dice en una carta á Mr. de Zach, que los habitantes de aquel país no se cansaban de hablar de los ejércitos franceses.

te de un amo, no tienen ley que les haga apreciar las ideas de orden y de moderación política: matar, cuando uno es el más fuerte, les parece un derecho legítimo, y á él se sujetan ó le ejercen con la misma indiferencia. Pertenecen esencialmente á la espada, y gustan de todos los prodigios que produce, pues para ellos es como el brazo de un géneo que levanta ó destruye los imperios. No conocen la libertad arreglada y justa, ni tienen propiedad alguna: la fuerza es su ley. Cuando están mucho tiempo sin ver llegar aquellos conquistadores que ejecutan la suprema justicia del cielo, parecen soldados sin caudillo, ciudadanos sin legislador, familia sin padre.

Mis dos visitas duraron casi una hora, y desde allí entré otra vez en la iglesia del Santo Sepulcro, pues se había avisado al turco que abre las puertas para que estuviese pronto cuando yo llegase: pagué de nuevo á Mahoma el derecho de adorar á Jesucristo, y observé segunda vez, y con más detenimiento, los monumentos de esta venerable iglesia. Subí á la galería, donde encontré un religioso coto y á un obispo abisinio, los cuales eran muy pobres, haciéndome recordar su modesto traje los tiempos de la primitiva Iglesia. Estos religiosos medio salvajes, con su tez tostada por los fuegos del trópico, sin más insignia de su dignidad que una túnica azul, ni otro abrigo que el Santo Sepulcro, me interesaron más que el papa griego y el patriarca armenio. No puede uno menos de llenarse del más santo respeto al ver reunidas tantas y tan diversas gentes en el sepulcro de Jesucristo, orando en cien lenguas diferentes en aquel mismo lugar donde los apóstoles recibieron del Espíritu Santo el don de hablar todas las de la tierra.

A la una salí del Santo Sepulcro y volví al convento. Los soldados del bajá lo habían invadido como un país de

conquista. Al dirigirme á mi celda y al atravesar el corredor con mi dragoman Miguel, me encontré con dos jóvenes spahis, armados de piés á cabeza, y metiendo una extraña algazara; verdad es que eran poco temibles, pues á pesar de Mahoma, se hallaban completamente borrachos. Así que me vieron, cerraron el paso dando extravagantes carcajadas: me detuve para ver el resultado de sus juegos. Nada había de mal hasta entonces; pero luego uno de aquellos tártaros pasó detrás de mí, me cogió la cabeza, y á la fuerza me la hizo inclinar; mientras otro compañero, bajando el cuello de mi levita, me dió un golpe con el canto del sable. El dragoman empezó á desesperarse; pero yo me deslicé de las manos de los spahis, y asiendo á uno de la garganta, le apreté contra la pared, y le puse tan negro como mi sombrero, devolviendo de este modo juego por juego é insulto por insulto. Como además le había cogido por la barba, creí que el otro spahis vengaría esta afrenta hecha á un turco, y dispuesto á todo, me retiré á mi celda á esperar el resultado; el padre guardian no se vió ya molesto más después de la lección que di á sus perseguidores; mayormente porque un turco humillado una vez, es poco peligroso; y todo quedó concluido.

Comí á las dos, y á las tres volví á salir con mi acostumbrada comitiva. Recorrí los sepulcros de los reyes, y desde allí, dando á pié la vuelta á la ciudad, me detuve á ver los sepulcros de Absalon, de Josafat y de Zacarías, en el valle de Josafat. Dije que los sepulcros de los reyes estaban fuera de la puerta de Efraim, hácia el Norte, tres ó cuatro tiros de fusil de la cueva de Jeremías. Hablemos ya de los monumentos de Jerusalem, que divido en seis especies.

1.^a Los monumentos puramente hebráicos: 2.^a los mo-

numentos griegos y romanos del tiempo de los paganos: 3.^a los monumentos griegos y romanos del tiempo del cristianismo: 4.^a los árabes ó moriscos: 5.^a los góticos del tiempo de los reyes franceses; y 6.^a los monumentos turcos.

De los primeros no se halla mas rastro en Jerusalem que la Piscina Probática, pues coloco los sepuleros de los reyes y los de Absalón, de Josafat y Jeremías, en el número de los monumentos griegos y romanos ejecutados por los judíos.

No es fácil formarse una idea exacta del primero ni aun del segundo templo por lo que dice la Escritura y Josefo; pero desde luego se advierten dos cosas, á saber, que los judíos, lo mismo que los egipcios, gustaban de que sus edificios fuesen grandiosos y oscuros, y que les agradaban tambien en ellos los adornos delicados, prolijos y menudos, ya fuese en el grabado de las piedras, ya en las adornos de madera, bronce ú oro.¹

Habiendo los sirios destruido el templo de Salomon, el segundo reedificado por Herodes Ascalonita, pertenece á aquel órden de obras medio hebráicas, medio griegas, de que pronto hablaré.

Así pues, de la arquitectura primitiva de los judíos en Jerusalem, solo nos queda la Piscina Probática, que se la ve aún cerca de la puerta de San Estéban, pues tocaba en el templo por la parte del Septentrion. Es, pues, un estanque que tiene ciento cincuenta piés de largo y cuarenta de ancho, y lo forman unas paredes compuestas de este modo: una capa de grandes piedras con abrazaderas ó grapones de hierro, una mazonería de cal y canto puesta sobre las piedras, una capa de morrillo ó guijarro unida con esta ma-

I. Véase la nota B al fin del volúmen.

zonería, y sobre ella un embarnizado. Las cuatro capas están perpendiculares al suelo, y no horizontales; el embarnizado estaba por el lado del agua, y las grandes piedras se apoyaban y apoyan aún contra la tierra.

Esta piscina se halla ahora seca y casi cegada, y en ella crecen algunos granados y una especie de tamarindos silvestres: la esquina á ángulo del Oeste está llena de higueras chumbas. En el lado occidental se ven aún dos arcos que sostienen dos bóvedas, y tal vez serán los restos de algun acueducto por donde iba el agua á lo interior del templo.

Josefo llama á esta piscina *Stagnum Salomonis*; el Evangelio le da el nombre de *Probática*, porque en ella se purificaban las ovejas destinadas á los sacrificios. A la orilla de esta piscina fué donde Jesucristo dijo al paralítico:

“Levántate y llévate tu cama.”

Esto es lo único que queda en el dia de la Jerusalem de David y Salomon.

Son mayores en número los monumentos de la Jerusalem griega y romana, y forman una clase enteramente nueva y muy particular en las artes. Principio por los sepulcros que se hallan en los valles de Josafat y de Siloé.

Pasado el puente del torrente de Cedron, se halla al pié del *Mons Offensionis* el sepulcro de Absalón. Es un edificio cuadrado, que tiene ocho piés por cada lado, y es de una sola piedra cortada en el cercano monte, del que solo dista quince piés. Los adornos de este sepulcro consisten en veinticuatro columnas de órden dórico, sin estrias, y hay seis á cada frente del edificio. Estas columnas están como de medio relieve en la misma piedra, y labradas en ella. Sobre los capiteles descansa el friso con el triglifo. Encima de este friso se levanta un zócalo que sostiene una pirámi-

de regular, demasiado grande con respecto á la altura total del sepulcro. Esta pirámide no es de la misma pieza que el cuerpo del edificio.

Muy parecido á este sepulcro es el de Zacarías, pues está cortado como él, en la roca, y termina en una punta encorvada como el gorro frigio ó como un monumento chino. El sepulcro de Josafat es una gruta cuya puerta, de bastante buen gusto, forma su principal adorno. En fin, el sepulcro donde se ocultó el apóstol Santiago, presenta en el valle de Siloé un pórtico agradable: las cuatro columnas que componen este pórtico no descansan sobre el suelo, sino que están puestas sobre la roca á cierta altura, como la columnata del Louvre sobre el primer piso del palacio.

La tradición, segun vemos, ha dado ciertos nombres á estos sepulcros. Arcolfo, citado por Adamanno (*De Locis Sanctis*, lib. I, cap. X), Vilalpando (*Antiquæ Jerusalem Descriptio*), Adrichomio (*Sententia de loco sepulcri Absalon*), Cuaresmio (*Tom. II., cap. IV y V*), y otros muchos autores han hablado de estos nombres, y agotado con este objeto toda la crítica de la historia. Pero basta para desvanecer esta tradición la misma arquitectura de estos monumentos, cuyo origen no sube á la primera antigüedad judáica.

Si fuese absolutamente preciso fijar la época en que se construyeron estos monumentos, la colocaria por los tiempos de la alianza de los judíos con los lacedemonios reinando los primeros Macabeos. El orden dórico dominaba entonces en Grecia, pues solo prevaleció el corintio en la arquitectura medio siglo despues, cuando los romanos comenzaron á penetrar en el Peloponeso y en el Asia.¹

¹ Así es que hallamos en esta última época un pórtico corintio en el

Pero connaturalizando los judíos en Jerusalem la arquitectura de Corinto y de Atenas, mezclaron con ellas las formas de su propio estilo. Los sepulcros del valle de Josafat, y principalmente los que van á ocuparme, manifiestan claramente la union del gusto egipcio y del gusto griego. De esta union resultó una especie de monumentos, que forman como el tránsito entre las Pirámides y el Parthenon, monumentos en los que se advierte un carácter sombrío, atrevido, gigantesco, y una imaginacion risueña, juiciosa y moderada.¹ Veremos un excelente ejemplo de esta verdad en los sepulcros de los reyes.

Saliendo de Jerusalem por la puerta de Efraim, se anda como media milla por la cumbre de un cerro rojizo, donde crecen algunos olivos. Despues se encuentra una escavacion muy semejante á los trabajos abandonados de una cantera antigua: se baja por un camino ancho y suave á lo interior de esta escavacion, donde se entra por un arco, y se va parar á una sala sin techo, abierta en la peña viva. Esta sala tiene treinta piés de largo y otros tantos de ancho, y las paredes de la peña unos doce ó quince de elevacion.

En el centro de la pared del Mediodía se halla una gran puerta cuadrada del orden dórico, abierta á muchos piés de profundidad en la misma peña. Un friso de caprichosa invencion, pero de una ejecucion muy delicada, se ve esculpido sobre la puerta, y consiste en un triglifo y una
templo reedificado por Herodes, columnas con inscripciones griegas y latinas, puertas de cobre de Corinto, etc.*

¹ De este modo la arquitectura griega, en tiempo de Francisco I, se mezcló con el estilo gótico, y produjo obras graciosas.

* *Joseph., de Bell. Judaic., lib. VI, cap. XIV.*

metopa, adornada solo con un anillo, y luego con racimos de uvas, colocados entre dos coronas y dos palmas. Estos adornos no hay duda de que estaban repetidos del mismo modo en todo lo largo de la piedra; pero en el dia se hallan destruidos. A unas diez y ocho pulgadas de este friso se ve un follaje mezclado con piñas, y otra fruta que no pude conocer, pero que me pareció un limoncillo de Egipto. Este último adorno seguia paralelamente al friso, y bajaba despues perpendicularmente á lo largo de los dos lados de la puerta.

En la parte interior, y en el ángulo á la izquierda de esta gran puerta, se encuentra una especie de calle ó canal en bóveda, por donde antes se podia andar de pié, pero que ahora es menester encorvarse mucho. Va á parar por una bajada muy áspera, como en la gran pirámide, á un cuarto cuadrado y abierto á pico en la piedra. En las paredes de este cuarto se ven unos hoyos ó nichos de seis piés de largo y tres de ancho, para poner en ellos varios ataúdes. De este primer cuarto se pasa por tres bóvedas á otros siete cuartos tambien sepulcrales, de igual estension, y todos abiertos en la misma peña viva, y cuyos adornos no se pueden distinguir fácilmente, sobre todo con luz artificial. Una de estas grutas, mas baja que las demás, y á la que se descende por seis escalones, parecia haber contenido los principales cadáveres. Estos estaban dispuestos, por lo general, del modo siguiente: el principal se hallaba en lo interior de la gruta, delante de la puerta, en el nicho que le correspondia: á los dos lados de la puerta habia dos pequeños nichos ó bóvedas reservadas para los muertos menos ilustres, y como para los guardias de aquellos mismos reyes, los cuales ya no necesitaban que nadie les sirviese. Los ataúdes, de los cuales ya solo quedan algunos frag-

mentos, eran de piedra, y estaban adornados con hermosos arabescos.

Lo que mas admira en estos sepulcros son las puertas de los cuartos sepulcrales, las cuales son de la misma piedra; pero esta suposicion es casi imposible, como lo prueba muy bien el padre Nau. Thevenot asegura que "rascando un poco el polvo, se percibe la juntura de las piedras que fueron colocadas despues de sentadas las puertas, con sus quiciales dentro de los quicios." Yo, sin embargo, he rascado el polvo, y no he distinguido esas señales en la parte baja de la única puerta que queda en pié: todas las demás están hechas pedazos en las grutas.

Entrando en estos palacios de la muerte, me parecieron baños de arquitectura romana, como los hay en la cueva de la Sibila, cerca del lago Averno. Aquí hablo tan solo del efecto en general para hacerme entender, pues no ignoraba que me hallaba entre sepulcros. Arcolfo (*Apud Adaman*), que los describe con admirable esactitud (*Sepulcra sunt in naturali collis rape, etc.*), todavia llegó á ver algunos huesos en los ataúdes. Muchos siglos despues encontró asimismo Villamont varias cenizas, que en vano se buscarian en el dia. Tres pirámides, de las que una existia en tiempo de Vilalpando, anunciaban este monumento subterráneo. No puedo asegurar hasta qué punto es creible la descripcion que Zuellard y d'Appara hacen de estas obras exteriores y de sus peristilos.

Al hablar de los sepulcros llamados de los *Reyes*, ocurre naturalmente la cuestion de saber á qué reyes pertenecian. Por un pasaje de los *Paralipomenos* y otros textos de la Escritura, se sabe que los sepulcros de los reyes de Judá se hallaban en Jerusalem: *Dormitque Achaz cum patribus suis, et sepelierunt eum in civitate Jerusalem.* David tenia